**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***18. La caída del reino***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***18. La caída del reino***

*Bueno es el Señor con quienes en él confían, con todos los que lo buscan. Bueno es esperar calladamente a que el Señor venga a salvarnos."* Lamentaciones 3:25-26 (NVI).

**Introducción**

No importó cuántos mensajeros Dios enviara para advertirle a su nación especial del peligro inminente sobre ellos a causa de su desobediencia, ellos los pasaron por alto a todos. ¿Qué es lo que nos hace tender a ignorar las advertencias hasta que es demasiado tarde?

**Los planes de Dios no cambian**

Cuando regresamos a la Historia Primaria de Dios, vemos que avanza rápidamente hacia el fin de un largo viaje que culminará con el regalo tan anticipado que le había prometido al mundo, un Mesías que cambiará la manera en que Dios se relaciona con su pueblo. Este viaje comenzó en un jardín con una comunidad perfecta, que era exactamente lo que él deseaba y la razón por la que descendió a la tierra. A fin de estar con nosotros. No obstante, como recordarás, Adán y Eva decidieron desobedecer la única regla que se les había puesto, y de ahí en adelante hemos visto a Dios pacientemente llamar a su pueblo a volverse a él.

Por el camino conocimos a asombrosas personalidades que confiaron en Dios y jugaron un papel primordial en su historia: Abraham, Sara, José, Moisés, Rut y David. También vimos a algunos verdaderos villanos: Faraón, Jezabel, Manasés. En la Historia Secundaria sus acciones parecen aisladas y desconectadas, pero Dios los usa –a los buenos ya los malos– para orquestar su Historia Primaria de llamarnos a volver a una relación con él.

En el último capítulo aprendimos que Manasés, el rey de Judá, fue capturado y llevado a Babilonia. Este fue el principio del fin para el remanente de la nación escogida de Dios. Todo lo que quedó de ese país fue su ciudad capital, Jerusalén, y la sucesión de reyes malos continuó hasta que Nabucodonosor, el rey babilonio, capturó a otro enorme grupo de israelitas y los deportó a Babilonia. Como lo había hecho antes, Dios siguió advirtiéndole a la gente de lo que podría llegar a suceder si ellos no se volvían a él. Esta vez la amonestación vino de la boca de un profeta llamado Ezequiel, que estaba exiliado en Babilonia y fue específico y gráfico:

*“Haré que venga contra ustedes la espada, y destruiré sus lugares de culto idolátrico. Despedazaré sus altares, haré añicos sus quemadores de incienso, y haré también que sus muertos caigan frente a sus ídolos malolientes. ¡Sí! Delante de sus ídolos malolientes arrojaré los cadáveres de los israelitas, y esparciré sus huesos en torno a sus altares [...] y así sabrán ustedes que yo soy el Señor.”* (Ezequiel 6:3-5, 7).

Seguramente pensarás que un mensaje como este haría que la gente de Judá entrara en razón, pero ellos siguieron ignorando a Dios e involucrándose más en sus prácticas impías. El tiempo se le estaba acabando a Judá. ¿Cuánto más podrían ignorar a Dios antes de que él cumpliera su amenaza de castigarlos si no se volvían de su maldad? ¿Alguna vez les has hecho esta clase de amenazas a tus hijos: «Si lo haces una vez más voy a …»? Y entonces ellos hacen lo que no querías que hicieran y otra vez los amenazas: «Estoy hablando en serio. Una vez más y …».

¿Por qué no los castigaste a la primera vez que desobedecieron? Porque en realidad no querías hacerlo. Detestabas el pensamiento de llevar a la práctica tu amenaza, aunque ellos a todas luces merecían ser castigados y ya les hiciste muchas advertencias. En lo profundo de tu corazón, albergabas el deseo de que nunca tuvieras que castigar a tus hijos. Te parte el corazón pensar en ellos llorando. Todo lo que siempre has deseado desde que eran bebés era disfrutarlos y darles una vida que les permita abrirse paso y alcanzar todo su potencial.

**Dios es nuestro padre y nos ama**

Así es como Dios veía a su nación. Así es como nos ve a nosotros todavía. Nos ama y quiere disfrutar la vida con nosotros. Si tan solo se lo permitimos. Así que, pese a su rechazo total hacia él, Dios le da al pueblo que ama una advertencia final. Con la mayor parte de Judá cautiva en Babilonia y con Jerusalén a punto de ser atacada, Dios llama a otro profeta: Jeremías. En términos de la Historia Secundaria, este debe haber sido uno de los peores tiempos para representar a Dios. La anteriormente orgullosa y hermosa ciudad de Jerusalén ahora está sumida en el caos.

Todos los ricos, artesanos, mercaderes y militares han sido deportados, dejando solo a los más pobres para luchar con la anarquía, el hambre y la violencia.

Ellos también le han dado la espalda a Dios, viviendo para sí mismos y sus ídolos paganos. El Señor quiere que Jeremías le diga a la gente que vive en esta sombría y peligrosa ciudad de Jerusalén que son un montón de pecadores, que la paciencia de Dios se está acabando, y que si no se vuelven a él su ciudad será destruida. Ah, y una cosa más: Dios le dice a Jeremías que nadie lo escuchará.

Jeremías trata de ganar algo de tiempo (¿y quién puede culparlo?). Esta no es exactamente una de esas misiones fantásticas de la Biblia.

* Yo no hablo bien en público protesta Jeremías.
* Yo te diré lo que debes decir le responde Dios.
* Soy demasiado joven –continúa–. Tengo miedo.
* No te preocupes, yo estaré contigo le promete Dios.

La Historia Primaria de Dios está llegando a su clímax, y el Señor quiere darle a su nación escogida una oportunidad final de evitar lo que ha de suceder. Así que le entrega a Jeremías estas palabras que quiere que trasmita al remanente rebelde de Judá que vive en Jerusalén:

*“Un león ha salido del matorral, un destructor de naciones se ha puesto en marcha; ha salido de su lugar de origen para desolar tu tierra; tus ciudades quedarán en ruinas y totalmente despobladas [...] Recorran las calles de Jerusalén, observen con cuidado, busquen por las plazas. Si encuentran una sola persona que practique la justicia y busque la verdad, yo perdonaré a esta ciudad [...] Pero si ustedes no obedecen, lloraré en secreto por causa de su orgullo; mis ojos llorarán amargamente y se desharán en lágrimas, porque el rebaño del Señor será llevado al cautiverio. Todo Judá se ha ido al destierro exiliado en su totalidad”.* (Jeremías 4:7; 5:1; 13:17, 19).

Es casi como si Dios estuviera dispuesto a bajar el nivel de requisitos, para no tener que llevar a cabo su disciplina: “Solo encuéntrenme a una persona honesta en toda la ciudad. Solamente un ciudadano decente, y yo perdonaré todo y podremos reanudar nuestra relación”. Si alguna vez pensaste que Dios era vengativo y estaba lleno de ira, recuerda esta escena de la Historia Primaria. Y recuerda las lágrimas que llorará porque su amada nación será alejada de la tierra que les dio. Esta es la clase de Dios que quiere estar con nosotros y provee un medio para que vivamos con él para siempre.

El pueblo de Judá desaprovechó esta última oportunidad. Era tiempo de que Dios hiciera honor a su promesa. La Biblia resume de esta manera todo este período en el que Dios permite que su pueblo tenga sus reyes:

*“Por amor a su pueblo y al lugar donde habita, el Señor, Dios de sus antepasados, con frecuencia les enviaba advertencias por medio de sus mensajeros. Pero ellos se burlaban de los mensajeros de Dios, tenían en poco sus palabras, y se mofaban de sus profetas. Por fin, el Señor desató su ira contra el pueblo, y ya no hubo remedio”*.
(2 Crónicas 36:15-16).

Cuando llegas al punto en que el Dios del universo dice: «Ya no hay más remedio», sabes que se acabó. Y así fue. Nabucodonosor, el rey de Babilonia, comenzó su ataque final a Jerusalén. Percibiendo lo que estaba a punto de ocurrir, el rey de Judá, Sedequías, le pide a Jeremías que le haga una súplica final a Dios, esperando que *“tal vez el Señor haga uno de sus milagros, y lo obligue [a Nabucodonosor] a retirase”* (Jeremías 21:2). Sin embargo, Jeremías le da el mensaje de Dios allí directamente: «Es demasiado tarde. Ya te he entregado en manos de Nabucodonosor, y él no tendrá piedad, misericordia o compasión de ti».

No era algo agradable. El ejército de Babilonia irrumpió a través de los muros de la ciudad cuando el rey estaba tratando de huir. Lo atraparon y lo llevaron ante Nabucodonosor, quien le aplicó una severa sentencia. Los hijos de Sedequías fueron asesinados delante de su padre. Luego le sacaron los ojos, le pusieron grillos y lo llevaron a Babilonia. Nabucodonosor más tarde le prendió fuego al templo que Salomón había edificado para la gloria de Dios. Pronto toda la ciudad estuvo en llamas, tal como Jeremías había advertido de parte de Dios: *“Será entregada en manos del rey de Babilonia, quien le prenderá fuego”* (Jeremías 21:10).

**Ampliando nuestra limitada perspectiva**

Desde la perspectiva de la Historia Secundaria, la destrucción de Jerusalén parece severa e innecesaria. Si amas tanto a tu pueblo, ¿por qué lo tratas de esa manera? ¿Por qué le haces pasar tanta vergüenza y devastación? No obstante, en la Historia Primaria, esta es precisamente la razón por la que Dios tuvo que actuar de la forma en que lo hizo*: los amaba demasiado*. Si Dios seguía bendiciendo a Judá mientras ellos se comportaban de maneras tan opuestas a sus mandamientos, eso enviaría un mensaje confuso acerca de quién es Dios y cómo funciona la comunidad con él.

Dios está tratando de implantar una visión de que el reino por venir, el cual será posible a través de la fe en el Mesías, va a ser restaurado. Será la restauración de la idea que tuvo en el jardín del Edén: una vida donde no existe maldad, ni iniquidad, ni maltrato de personas. Y donde hay un amor hacia Dios sin reparos. Si él permitía que Judá continuara con su horrible conducta, ¿quién querría alguna vez vivir en la comunidad de Dios? Su amor por nosotros es tan grande y su santidad tan pura que no puede negociarse.

Aunque Jerusalén cayó, Dios continuó hablando a través de sus mensajeros Jeremías y Ezequiel. Jeremías se quedó en Jerusalén para hacer duelo por su pérdida. La Biblia dice que lloró amargamente por lo que le ocurrió a la ciudad y la nación escogida de Dios, de modo que solemos referirnos a él como «el profeta llorón». Su lamento sobre Jerusalén está escrito en el libro de Lamentaciones, cuyas primeras estrofas nos dan una descripción evocadora de la que una vez fue la ciudad real:

*“¡Ay, cuán desolada se encuentra la que fue ciudad populosa! ¡Tiene apariencia de viuda la que fue grande entre las naciones! ¡Hoy es esclava de las provincias la que fue gran señora entre ellas! Amargas lágrimas derrama por las noches; corre el llanto por sus mejillas. No hay entre sus amantes uno solo que la consuele. Todos sus amigos la traicionaron; se volvieron sus enemigos”.* (Lamentaciones 1:1-2).

Sin embargo, aun en medio de su tristeza, Jeremías continúa llamando a Judá a volverse a Dios, anunciando el nacimiento de un Mesías que cambiaría para siempre el curso de la historia. Ezequiel también nos da algunas indicaciones de lo que Dios está planeando para Israel: *“Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías”*
(Ezequiel 36:25).

Dios usa a los dos profetas para repetir el mensaje singular de su Historia Primaria: «Quiero vivir con ustedes y buscaré una forma de que puedan regresar a mí». El propósito central del juicio de Dios sobre Judá era llamar su atención y recordarles su promesa. Un Rey vendría de su tribu, de modo que ellos debían reflejar el carácter de ese Rey. Su destierro sería temporal, mientras Dios los preparaba para ese momento magnificente de la historia:

*“Los sacaré de entre las naciones, los reuniré de entre todos los pueblos, y los haré regresar a su propia tierra. Los rociaré con agua pura, y quedarán purificados. Los limpiaré de todas sus impurezas e idolatrías. Les daré un nuevo corazón, y les infundiré un espíritu nuevo; les quitaré ese corazón de piedra que ahora tienen, y les pondré un corazón de carne […] Vivirán en la tierra que les di a sus antepasados, y ustedes serán mi pueblo y yo seré su Dios”* (Ezequiel 36:24-26, 28).

¿Te imaginas cómo cayeron estas palabras en los corazones de la gente de Judá, ahora dispersada por toda Babilonia? ¿Te imaginas cuánta gente hoy anhela escuchar la tierna invitación de Dios a volver a casa?

**Conclusión**

Dios quiere usarnos para revelar su corazón y recordarles a las personas que *siempre* las está esperando, ansioso de perdonarlas y restaurar sus vidas en maneras que ni siquiera se imaginan. Si tan solo se lo permiten. Todos ellos son preciosos a los ojos de Dios. Ellos son la razón por la que él vino a la tierra en primer lugar. ¿Podrás ser tú la voz suave y tierna de Dios que escuchen?